

SIETE INTER(W)EXPRESSS...

[siete (7) respuestas rápidas para siete (7) preguntas claves]

Cuestionario de la redacción

colectivo ARBEIT

[collage, agitación, talleres de producción colectiva]

1. ¿Qué probabilidades reales tiene hoy una obra artística concebida al margen del sistema mercantil, y crítica con la ideología y los valores que lo sustentan; primero, de ser producida y realizada, y, luego, de ser exhibida?

Vemos una dificultad en la misma manera en la que se aborda la cuestión: trataremos de aclararla - aún a riesgo de extendernos - antes de responder propiamente a la pregunta. El arte - el Arte, sospechamos - está concebido bajo una perspectiva capitalista que tuvo su origen en el renacimiento y que nuestro devenir histórico no ha hecho sino ahondar y afianzar. Según esta mistificación, la obra de arte es producida por un artista demiurgo en contacto con las potencias trascendentales de la creatividad y el ingenio, con el fin último de ser exhibida y admirada como un logro singular del espíritu humano. Detrás de esta idea está la mistificación ideológica de la actividad artística, la actividad cultural, como algo separado, ajeno, elevado de las condiciones materiales e históricas en las que se da; como algo que pertenece a un orden superior. Se oculta así, no sólo el posicionamiento político de toda obra de arte y de todo producto cultural, sino también y sobre todo, la función social de la figura del "Artista" o del "Intelectual", y su inserción real en el modo productivo de la sociedad. También, de paso, se ahogan las manifestaciones populares del arte y la cultura enraizadas en la propia vida de la gente.

Bajo estos parámetros, el capitalismo acepta en su seno obras y artistas abiertamente antagónicos junto a otros abiertamente apoloéticos. Pues para mantener en pie y legitimar la ilusión de la libertad de

expresión individualista y autónoma del Arte y el Artista, el capitalismo recurre a concepciones meritocráticas que afirman que hay sitio para todos los discursos, siempre que posean la suficiente calidad. De este modo opera una doble neutralización de estas posturas disidentes. En primer lugar, al ser enfrentadas como mercancía a otras mercancías y resultar por tanto intercambiables entre sí, quedan reducidas a una más de las posibilidades ofertadas por el mercado, compitiendo todas "en pie de igualdad" -lo cual es evidentemente falso. En segundo lugar, al ser pocos los lugares reservados por las cuotas de mercado para el artista o intelectual de izquierdas anticapitalista -son pocos los elegidos de los muchos llamados-, los que ocupan tales posiciones de privilegio legitiman en cierta manera, aún a su



pesar, la “meritocracia” del orden de cosas establecido por el chalaneo mercantil. Esto sin contar con que muchas de las cuotas reservadas a la izquierda en el mercado de la cultura son ocupadas por intelectuales orgánicos que hacen pasar por discursos antagónicos elaboradas apologías del sistema.



El sistema mercantil del arte, evidentemente, no está separado del sistema de producción capitalista -el mismo que produce zapatillas, periódicos, anuncios publicitarios o bombas de racimo-, del que tan sólo es un caso particular. La ideología dominante de la función expresiva del Arte trata persistentemente de negar este extremo. Ofrece dos modelos separados de discursos simbólicos: los que pertenecen a la cultura pop de consumo, que se presentan manifiestamente como mercancías y entretenimiento, y los que pertenecen al selecto canon de la Alta Cultura, que permanecen separados de la materialidad y la historia como esencias del espíritu humano y vehículos del conocimiento universal. Esto ocurre así incluso desde que la postmodernidad capitalista se recrea igualando, con un gesto “camp”, ambos órdenes, elevando a auténticas Obras de Arte, a singulares logros del espíritu humano, una figurita de Lladró o una lata de sopa Campbell´s.

Por lo tanto -respondiendo ahora a la pregunta-, las posibilidades de “figurar” son pocas: la competencia es mucha y los lugares más visibles no están reservados a las posiciones disidentes. Tampoco resulta fácil “figurar” en los espacios más periféricos y marginales, a los que no les es fácil concebirse y estructurarse desde un prisma diferente y reproducen con frecuencia, aunque a escala más pequeña, las mismas

mistificaciones del “mundillo” cultural. Y lo más importante, ¿qué efectividad real tienen dichas propuestas así entendidas?

Por otro lado, las manifestaciones culturales, artísticas, de carácter popular, disidentes con la concepción capitalista de arte, aunque se enfrentan a condiciones sociales desfavorables y resultan menos visibles, de hecho se dan y son más efectivas por formar parte de las comunidades, donde la gente es participe y no mera espectadora.

2. ¿Queda algún resquicio en los medios y los canales de difusión artísticos para la promoción, extensión y mantenimiento de una actividad como la vuestra, o resulta ilusorio siquiera plantearse tal posibilidad?

Primero aclarar que *Arbeit* no hace arte en ninguna de sus acepciones. Nuestra labor está fundamentalmente orientada al trabajo colectivo y a la actividad pedagógica; aquí no hay ningún artista realizando su obra si no un pequeño equipo que pone en marcha talleres con diferentes grupos sociales para, conjuntamente, desarticular los discursos de la propaganda capitalista y fomentar el diálogo y la reflexión crítica. Los resultados de estos talleres, los collages realizados, pueden exhibirse y utilizarse también como medio para incitar a la reflexión, pero lo fundamental es el trabajo en grupo y la reflexión común durante la realización de estos collages.

Por lo tanto los circuitos que nosotros buscamos son otros distintos a los de la difusión *artística*. Si salimos del taller y el aula, preferimos la calle y la intervención directa sobre la propaganda existente. Lo cual no quiere decir que otras propuestas de contrapublicidad no busquen y exploten los canales establecidos del circuito artístico, que como dijimos, guarda sus pequeñísimas cuotas para la disidencia. Nuestra experiencia en esos espacios, como las galerías de arte, nos ha parecido poco efectiva y menos interesante que el taller y la calle.

3. ¿Queda algún resorte -que conozcáis-, o “espacio democrático”, para la producción de unas artes no mercantiles?

El capitalismo tiende a asfixiar toda lógica contraria al mercado; intenta sustituir la verdadera cultura popular por el consumo pop de cultura de masas, enajenando así a las gentes de su poder creativo y

participativo convirtiéndolas en meros espectadores/consumidores. Pero conviene no olvidar que tales manifestaciones populares se dan. Mucho más, desde luego, en Venezuela -inmersa en un proceso revolucionario de toma popular del poder- o en Cuba, por ejemplo, que en las metrópolis posmodernas de la vieja Europa. Ahora bien, a pesar de que, o precisamente por que la lógica capitalista roba a los ciudadanos su espacio público, privatizándolo, también aquí surgen movimientos de resistencia y confrontación, formas de organización que reclaman el uso popular de las calles poniendo en práctica otras formas de vivir en común expresadas a través de la creatividad y el juego. Paralelamente tendemos a invisibilizar la vida cultural local de la gente en los diferentes municipios, barrios, asociaciones de vecinos, de amas de casa, de inmigrantes, infantiles, juveniles, penitenciarias, ya que la lógica meritocrática y elitista del Capital no quiere ver "Arte" fuera de sus prestigiosos escenarios. Como dice la copla: "el que parte y reparte / dice qué es / y qué no es arte".

4. ¿Conocéis alguna experiencia alternativa, aquí o en el extranjero, que abra vías factibles a las artes no comerciales?

Como ya hemos apuntado, las formas populares, enraizadas en la comunidad, siguen estando ahí, y creemos que es un lugar privilegiado de intervención. Desde las experiencias teatrales llevadas a cabo por colectivos locales (tan interesantes como las distintas formas del *teatro del oprimido* propuestas por Boal), hasta la recuperación y transformación de espacios públicos y privados abandonados a la especulación dentro o fuera del movimiento okupa; desde el acti-



vismo fiestero de *Reclaim the Streets* o la actividad contrapublicitaria de *Billboard liberation Front*, hasta las actividades de transformación social de miles de asociaciones vecinales en todo el mundo, como puede ser el *Ateneu Popular 9 Barris* de Barcelona que lleva décadas utilizando la cultura participativa para reforzar el tejido cooperativo social. Lo importante, creemos, es la gente trabajando, aprendiendo, disfrutando en común, recuperando un poder que el sistema mercantil nos quiere arrebatarnos: el poder de la habilidad creativa, de la capacidad de producción y disfrute de la belleza, que nos es común a todos los seres humanos.

5. ¿Es Internet una posible alternativa "democrática" al control mercantil de la actividad producción artística?

Sin lugar a dudas Internet está cambiando muchas cosas. Es un lugar común afirmar que la red ha abierto nuevas posibilidades tecnológicas de participación directa, organización horizontal y democracia real. Y algo de cierto hay en ello, aunque no se está dando, ni se va a dar, sin confrontación y lucha. Ya se advertía, desde los albores de estas nuevas tecnologías de la información, que si no se tomaba este espacio para afianzar el bien común, quedaría en manos de las empresas capitalistas para su propio beneficio. Evidentemente, este vaticinio se ha cumplido en gran medida. Las grandes corporaciones e instituciones capitalistas no sólo copan gran parte del flujo informativo de la red, sino que luchan por ejercer un control cada vez mayor sobre qué ocurre, de manera significativa, en Internet. Los piratas de la SGAE y otros mafiosos editoriales amparados bajo la romántica imagen justificadora de los "autores" quieren acabar con la libre distribución del conocimiento que es posible gracias al trabajo desinteresado de mucha gente comprometida con la idea de que la cultura es un derecho universal. Alguien dijo que con Internet somos conscientes de que no estamos solos, y es que la red de redes ha permitido que desde la preocupante atomización de nuestras sociedades se articulasen diferentes propuestas de disidencia, informativas, culturales, políticas. Esos espacios en Internet son como un ágora moderno en el que se encuentran manifestaciones que no tienen cabida en los medios de masas de las grandes corporaciones. Pero conviene no olvidar que Internet es también una herramienta imprescindible para la fase global del capitalismo, que la mayor parte de la población no tiene acceso a ella (ni a un teléfono público, una red de alcantarillado o a agua potable), que las redes de

información son propiedad privada y que el acceso a ellas está supeditado a multinacionales que deciden a dónde llegan o no llegan estas redes y hacen su negocio a nuestra costa; aunque los que tenemos acceso a ella podamos ganar en capacidad de organización, de intercambio de información y accesibilidad al conocimiento, rompiendo las barreras geográficas que nos separan. Además, es sólo un instrumento de comunicación, que no puede sustituir la acción conjunta, en la proximidad de la gente. Pero es evidentemente un instrumento muy poderoso que debemos poner al servicio de las comunidades de gentes y el bien común.

6. El acceso a fondos “públicos”, ¿está abierto o vetado a actividades como la vuestra? Y, si lograrseis acceder a ellos, ¿ampliarían o coartarían vuestra libertad de creación?

El problema está en quiénes deciden a qué propuestas culturales se destinan fondos y a cuáles no y bajo qué criterios se toman dichas decisiones. Si dentro de la libertad de creación tiene que haber la capacidad de ser abiertamente antagonistas y críticas con el estado de cosas, evidentemente tanto las instituciones públicas como las privadas ejercen la censura a través de la no financiación de los proyectos que les resulten incómodos. Además, en la actual sociedad del espectáculo, saturada de información, sólo los discursos financiados por, digamos, un millón de euros, pueden asegurarse un lugar de privilegio con una cierta efectividad real en el mundo. Esta moderna técnica es infinitamente mejor que la prohibición directa de determinados discursos: genera la ilusión de la libertad de expresión y refuerza la justificación meritocrática del sistema. La libertad de mercado filtra la libertad de expresión, al tiempo que se afirma que sólo los discursos más interesantes alcanzan el espectro de visibilidad. Si lo que queremos es vivir de los fondos públicos o privados y nuestras propuestas son desestimadas por radicales, lo normal es que rebajemos el tono crítico para poder acceder a dichos fondos y pongamos así en marcha el censor que llevamos dentro: quien no integre este sistema dentro de sus anhelos y aspiraciones, simplemente se ve obligado a buscarse el sustento con otra cosa, ganando así en “libertad creadora”.

El problema está precisamente en la nula capacidad que tenemos los ciudadanos de acceder a los fondos públicos y de decidir en qué emplearlos. Muchas veces, tras el discurso que critica la financiación pública de proyectos culturales en aras de una mayor

independencia y libertad de los Artistas, se esconde una justificación de la privatización de espacios públicos y reducción del Estado. Imaginemos un discurso similar en otros ámbitos: “el acceso a fondos públicos para proyectos educativos ¿es positivo o coarta la libertad educativa?”; aquí queda claro el escándalo de la propuesta, que suele pasarnos desapercibida por esa mistificación del ámbito artístico que ya hemos denunciado.



7. Las producciones artísticas con capacidad de significación y creación de sentido; o que tengan en cuenta -al menos- la realidad material y concreta, en la que se desenvuelven nuestras vidas, ¿tienen algún futuro, o nos damos por vencidos?

La significación y creación de sentido es un campo de batalla. Todo producto simbólico está abierto a generar significados, y son las condiciones históricas y materiales de la producción y de la observación las que conforman, en los distintos momentos, los sentidos de cada obra. Determinar en qué sentido funciona cualquier experiencia artística no siempre es fácil, y no es poco frecuente que una obra de arte sirva a intereses contrarios a los explícitamente manifestados por su autor, ya que la voluntad consciente del autor individual es una mistificación que encubre los intereses, no siempre conscientes, de una clase social determinada. Lo social es el sujeto y el objeto del arte, por lo que el significado de cada obra está tan cuajado de la misma conflictividad ideológica y política como la propia historia, a pesar de que su significado se nos antoje inalterable -que no lo es - con el paso

del tiempo. El arte se mueve siempre en el terreno ideológico, la ideología es el aire que respira, aunque falsamente pretenda aspirar a la neutralidad, como si fuera conocimiento científico. Toda obra toma partido, toda observación también toma partido, la cuestión es qué partido tomar, de qué lado nos ponemos, del opresor o del oprimido. Por eso el arte es, al tiempo, “valioso” y peligroso. “Valioso” y peligroso, porque es uno de los instrumentos favoritos de la ideología dominante para legitimar los privilegios de sus elites, entre los que se encuentran determinar qué es arte y qué significan las obras de arte. Peligroso y “valioso”, por que, como este proceso de dominación no ocurre sin conflicto ni resistencia, el ámbito cultural es también un lugar de luchas y un importante instrumento de emancipación que puede hacernos conscientes de las condiciones de nuestra opresión y ofrecernos espacios comunes en los que ensayar caminos de liberación, consignas con las que activar las sinergias de la disidencia.

La situación es desesperada, pero no crítica, que dicen los austriacos. Los objetivos de las clases privilegiadas capitalistas en el ámbito artístico son ocultar su dominación y sus privilegios haciéndolos pasar por naturales, elevar el arte por encima de la historia imponiendo sus criterios esencialistas e individualistas, negar la existencia de conflictos y resistencias políticas. El de las disidencias es “visibilizar” las luchas y trabajar por una organización social que, superadora del conflicto capitalista, sea más libre, igualitaria y fraterna. Así las cosas, es literalmente imposible darse por vencidos: esta batalla, profundamente incardinada en la realidad, se da y se va a seguir dando hasta que la propia contextura de lo real cambie y la haga innecesaria. Hagamos caso al cantar: “Que no cunda el desánimo: / reincidid, recaed, / tropezad mil veces con la misma piedra / y después, otra vez...”

